

GERARDUS MERCATOR, *ESPAÑA* *DEFENDIDA* Y LA *LAUS LIBRORUM* DE QUEVEDO

GERARDUS MERCATOR, *ESPAÑA DEFENDIDA*
AND QUEVEDO'S *LAUS LIBRORUM*

Francisca MOYA DEL BAÑO*

En estas páginas se pone de relieve el fecundo diálogo que mantuvo Quevedo con el *Atlas minor* de Mercator; fue fundamental en la escritura de *España defendida*, y, en particular, en la confección del catálogo de los mejores libros escritos en España a juicio de Quevedo; el sello de calidad en muchos de ellos se lo concede Quevedo por haber igualado —o superado— a los autores y obras del mundo grecolatino. Todo ello forma parte de la respuesta de Quevedo a lo que Mercator decía sobre los españoles, mas solo a una parte de ella.

Palabras clave: Mercator, Quevedo, libros, España.

These pages discuss the fruitful dialogue Quevedo maintained with Mercator's *Atlas minor*; which was fundamental in the writing of *España Defendida*, and, in particular, in the preparation of Quevedo's catalogue of the best books written in Spain. The quality of many of them is based, in his opinion, on having equaled —or surpassed— the authors and works of the Greco-Latin world. All of this is part of Quevedo's response to Mercator's comments on the Spaniards, but only a part of it.

Keywords: Mercator, Quevedo, books, Spain.

* Facultad de Letras. Universidad de Murcia.

Correspondencia: Universidad de Murcia. Facultad de Letras. Campus de la Merced.
30001 Murcia. España.

e-mail: fmoya@um.es

Introducción

Reconocía Quevedo en uno de sus sonetos más conocidos, el que comienza “Retirado en la paz de estos desiertos/ con pocos pero doctos libros juntos,” que él mantenía diálogo con los libros, y que ellos fecundaban sus asuntos (“Si no siempre entendidos, siempre abiertos,/ o enmiendan o fecundan mis asuntos”, vv. 5–6). Muchos diálogos mantuvo con muchos libros, entre los que destacan los clásicos grecolatinos, pero también conversaba con libros contemporáneos. Este diálogo a veces podía ser, por unas u otras razones, áspero, y lo conducía incluso al ataque. En *España defendida* encontramos algunos ejemplos.

No resulta extraño que así sea si leemos el título completo, *España defendida y los tiempos de ahora de los noveleros y sediciosos*, la Dedicatoria de la obra al Rey Felipe III, las palabras de Quevedo al lector, o la exposición de motivos que tuvo para abordar una obra como esta. El denominador común es defender a España de los ataques y críticas recibidos, en especial de los extranjeros, defensa que lleva consigo mostrar la falsedad de lo que dicen con ejemplos evidentes, y todo ello sazonado con diferentes descalificaciones. Son cosas sabidas, que, a nuestro juicio, no era inoportuno recordar aquí.

En *España defendida* hay muchos libros. Quevedo habla con ellos y no pocas veces ve con rabia las cosas que dicen de España y de los españoles. Naturalmente no soporta sus “calumnias” y se enfrentará a quienes las profieren, y de ahí que un nutrido número de nombres de autores y títulos vayan apareciendo en sus páginas.

Mercator y su *Atlas minor*

Entre los libros que leyó Quevedo hay uno que no podía faltar, el *Atlas minor* de Mercator. Quevedo conoce su vida; sabía que había trabajado para el emperador Carlos V, o que había estado preso, acusado de herejía; y sabía bien que era un gran sabio, geógrafo, matemático y cosmógrafo; había escrito obras que le interesaban como su *Chronologia hoc est Temporum demonstratio exactissima ab initio mundi usque annum Domini MDLXVIII, ex eclipsibus et observationibus astronomicis omnium temporum [...] concinnata*, Coloniae Agrippinae 1569, en la

que da cuenta de eclipses y observaciones astronómicas hasta un año antes de su publicación, o su *Harmonia quatuor Evangelistarum in qua singuli integri, inconfusi, impermixti et soli legi possunt, et rursum ex omnibus una universalis et continua historia ex tempore formari*, In officina Zachariae Heyns, 1603, en la que su mente matemática logra una única y ordenada historia. Estos libros estaban en España, como estaban sus *Atlas*. Quevedo iba a tratar de España y en las “Cosmografías”, “Geografías” y *Atlas* se hablaba de *Hispania*. Se dirigió al *Atlas minor* de Mercator, obra, como otras, póstuma (había fallecido en 1594 a la edad de 82 años), completada y editada por su hijo en colaboración, como siempre, con Ioannes Hondius.

Pudo leer la edición de 1610, *Atlas minor Gerardi Mercatoris a I. Hondio plurimis aeneis tabulis auctus atque illustratus*, Amsterodami, in aedibus Iudoci Hondii, con probabilidad el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura GMm 1056, en el que hay en el margen de algunas páginas unas notas que podrían ser de Quevedo. Debió de dirigir sus ojos al apartado que dedica a *Hispania* (pp. 154–89) y, al leer un párrafo que no le agradó nada, reaccionó. Podríamos decir que en este caso también la conversación con Mercator ha fecundado sus asuntos, pues ese párrafo quizá fue uno de los motivos que le llevaron a escribir *España defendida*; desde luego fue la razón de la escritura del capítulo cuarto; en él se incluye, como respuesta a Mercator, la *laus librorum* que nos va a ocupar; lleva por título “De la lengua propia de España. De la lengua antigua y de la de ahora. La razón de su gramática, su propiedad, copia y dulzura”. No se trata de una hipótesis; Quevedo lo dice claramente: “Me dio ocasión a este capítulo Gerardo Mercator, en su *Menor Atlante*, en “La España, donde dice en estas palabras”:

«Españoles, de felices ingenios, infelizmente aprenden; <a> los medio doctos llaman doctos; aman las mal fundadas cavilaciones de los sofistas, y en las escuelas hablan de mejor gana español que latín, mezclando no pocas palabras de moros. Los partos de su ingenio raras veces los dan a luz, y menos a los extranjeros, por el defecto de la lengua» (Roncero 2013: 123).

Quevedo traslada bastante literalmente las palabras de Mercator, que así decía en latín hablando de los españoles:

Hispani, felices ingenio, infeliciter discunt; semidocti doctos se censent. Sophistarum Astus plus satis amant. In Academiis Hispanice magis quam Latine loqui gaudent: voces etiam Maurorum non paucas admiscentes. Suos foetus ingenique monimenta ad posteritatem raro, rarius ad Exteros, ob linguae defectum, producunt.

Leemos este juicio en la página 164 de la edición de 1610; en la edición de 1607, que hubiese podido leer, está en p. 108. Se encontraba igual en la obra del propio Mercator, muy semejante, que llevaba por título *Atlas sive Cosmographicae meditationes de fabrica mundi et fabricati figura*; vio la luz en 1595 en Dusseldorpius, y siguió editándose. No la manejó Quevedo porque él hablaba de “Atlas menor”.



Gerardus Mercator, *Atlas Minor*, 1610, Biblioteca Nacional (GMm 1056).

Sí se lee *Atlas minor* en el título de la edición francesa, pues mantiene idéntico lo que se lee en la primera en latín; se publicó en 1609 (o 1608, año en que firma Hondius, autor de la traducción, las palabras introductorias). Quevedo podría haber traducido del francés el juicio

de Mercator; se encuentra en p. 158; conocía la lengua francesa, pero hay razones para afirmar que no lo leyó en ella. Dice así:

«Les Espagnols sont d'esprit prompt et pourtant tardifs et pesans a concevoir et aprendre, demy letres se croient fort doctes. Aiment trop les Sophisteries, se plaisent a parler Espagnol plus que Latin ez [sic] academies, mesmes y entremeslent plusieurs termes des Maures. Escrivent peu et ne sont gueres soucieux de laisser tesmoignagnes de leur asprit et merite a la posterité, moins encor de se faire conoistre et valoir entre les estrangiers, a cause du defect de la langue Latine en laquelle ilz sont peu heureux».

Si Quevedo hubiera leído esta traducción, quizá no habría escrito el capítulo cuarto de *España defendida* ni los nombres de autores que alaba. Apoya esta idea que la expresión *ob linguae defectum*, la traducción francesa la explica diciendo “a cause du defect de la langue Latine en laquelle ilz sont peu heureux”; el traductor indica claramente que la *lingua* era la latina. Quevedo traducía *ob linguae defectum* literalmente “por el defecto de la lengua”, y ninguna huella se percibe de la versión francesa. Y, como ya hemos dicho, es posible que, si hubiera tenido a la vista esta traducción, no hubiese escrito el mencionado capítulo cuarto.

Quevedo, como veremos, piensa que Mercator, al mencionar la “lengua” (*ob linguae defectum*) se refería a la lengua española, a los defectos, imperfecciones, inelegancia etc., de nuestra lengua, y de ahí que el capítulo vaya dedicado a la defensa de la lengua de España. Es verdad que había dicho antes Mercator que nuestras voces se mezclaban con palabras



Retrato de Don Francisco Gómez de Quevedo Villegas (1599).

árabes (*voces etiam Maurorum non paucas admiscentes*), pero no parece versosímil que pensara que los defectos de la lengua española eran los culpables de que los extranjeros no leyese nuestros libros. Parece más lógico que se dijera que los extranjeros no leían lo que escribían los españoles porque estos lo hacían en español en vez de en latín.

Parece evidente que Mercator decía que los españoles no daban a conocer “los frutos de su ingenio” por escribir en castellano en vez de en latín. Quevedo entendió —escuchó o quiso escuchar en este diálogo— que criticaba la lengua española y a eso le respondió, dando cuenta de cómo, a partir de la primitiva lengua de España, de la que apenas quedan vestigios, fue formándose y enriqueciéndose por el contacto con los pueblos que invadieron el país, pueblos que hablaban, unos hebreo, otros griego, otros latín, y los hubo que hablaban peno, o púnico. Por tanto, le dirá a Mercator, en ese “Du Stil” que asume y que le ofrece tantas posibilidades de comunicación, que, si “habla mal” de la nuestra, deberá hacerlo de todas las lenguas originales, afirmación que argumenta, pues, añade, “en cuanto a voces y palabras son las mismas que en sus originales”. Y si se refiere a la gramática, le hace este reproche: “¿Cómo puedes tú blasfemar inconsideradamente, si en la elegancia, conjugación y declinación es el mejor retrato que la lengua hebrea tiene?”.

Respuesta de Quevedo a Mercator. Su *laus librorum*

Quevedo hace, ciertamente en este capítulo, un amplio y erudito recorrido por las palabras que forman parte de nuestra lengua y discute lo que acerca de ellas han dicho los estudiosos que han escrito sobre ello, dando su opinión con avales casi siempre procedentes del mundo clásico; pero no es de esto de lo que vamos a hablar. Después del Quevedo lingüista, vamos a ver lo que dice de los libros que en lengua española se han escrito (Roncero 2013: 151–7). Recordamos cómo empieza la respuesta de Quevedo a esta parte del diálogo con Mercator, cuyas palabras ha interpretado así:

«Dices que por defecto de ella (sc. nuestra lengua) no damos a luz los partos de nuestro ingenio, ni los comunicamos a los extranjeros. Échase de ver tu envidia, si has visto nuestros libros, y tu inocencia, si

no los has leído, pues son casi innumerables en todas ciencias los que en lengua castellana hay o en romance, que es lengua española, pues hablas en común de toda España».

Para él, insistimos, Mercator decía que la lengua española era “defectuosa”; Quevedo le contestará que con ella los españoles han escrito sobre todas las ciencias, y además “innumerables” libros. Y no desaprovecha la ocasión de insultarle. Tras ello irá dando cuenta de una amplia relación de obras de autores españoles que han visto la luz. Son ciertamente muchos los autores citados y elogiados. Constituyen algo así como “el canon del joven Quevedo”; cuando escribe estas páginas podía tener de veintinueve a treinta y un años, pero ya había leído mucho, como seguirá haciendo toda su vida.

Ha cuidado mucho esta relación de libros; los va situando por “materias”, en las que se incluyen más o menos obras, según los casos; de ellas se ofrece, por lo general, nombre y apellido, a veces el título de la obra; y las hay que son acompañadas de algún juicio de “valor”. Y siempre que puede, da cuenta y presume de las obras escritas en nuestra lengua que han sido traducidas a muchas otras. Sin embargo, la valoración manifiesta, o, de otro modo, la valoración positiva de una obra la establece Quevedo con otro canon, el de los clásicos grecolatinos. En su relación con ellos, en haberlos superado está la razón de su calidad; en otros casos, aun sin mencionarlos, están implícitos los poetas griegos y latinos, pues es la inexistencia de nada superior la que deja clara la valía y perfección de los respectivos escritos de españoles que menciona. Los apartados del catálogo quevediano se divide en historiadores, oradores y poetas; un breve apartado dedica a teólogos, escrituristas, filósofos y técnicos, y finalmente otro a los traductores. Solo unos cuantos de ellos podrán, lógicamente, ser mencionados aquí.

Historiadores

Ejemplo de historiadores con los que se pueden medir los españoles son Tito Livio y Suetonio; al menos, ellos son los citados. Y los historiadores semejantes o superiores a los “clásicos latinos”, según Quevedo, son, entre otros, Jerónimo de Zurita, autor de *Anales de la Co-*

rona de Aragón, el portugués Afonso d'Albuquerque con sus *Comentarios do grande Afonso d'Albuquerque, Capitan Geral que foy das Indias Orientales, em tempo do muito poderoso Rey dom Manuel, o primero deste nome*, Bernardino de Mendoza, con sus *Comentarios de don Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en las Guerras de los Payses Baxos, desde el Año de 1567. Hasta el de 1577*, Joam de Barros, autor de *Asia de Joam de Barros: dos fectos que os Portugueses fizzeram no descobrimento et conquista dos mares e terras do Oriente*, obra que divide en “Décadas”, Luis de Mármol Carvajal, autor de *Historia del rebelión y castigo de los Moriscos del Reyno de Granada*; o Pedro Mejía, autor de *Historia Ymperial y Cesárea*. Así lo decía Quevedo:

«¿Qué Tito Livio iguala a Jerónimo de Zurita, cuya historia es fe en todo el mundo, autenticada con su nombre? ¿Qué estudio se iguala ni qué cuidado a sus *Anales de Aragón*, donde, por hacer puntuales dos descripciones, hizo dos jornadas a Italia? Obra grande y escrita sin socorro de primeras Historias ni Relaciones trabajadas de otros. ¿Qué comentarios igualan a los de Alburquerque y de don Bernardino de Mendoza el ciego? ¿Qué Décadas a las de Barros? ¿Qué Historia a la de Mármol de Granada? Ilustre escritor es Pero Mejía, no le excede Suetonio» (Roncero 2013: 152).

Hasta aquí los “enmarcados” entre Livio y Suetonio. Otros muchos historiadores menciona Quevedo, entre ellos el Padre Mariana, que, es sabido, escribió primero en latín los *Historiae de rebus Hispaniae libri XX*, que publicó posteriormente en castellano con este título *Historia general de España compuesta primero en latín después buelta en castellano*. Gran atención les dedica por narrar las hazañas de los españoles; merecerían ser nombrados, mas tampoco es posible en este caso; hacemos nuestro, *mutatis mutandis*, lo que decía Quevedo: “No hay número para contar los gloriosos escritores de España, aunque los más que he referido son de Castilla solamente”.

Oradores

Modelos o referentes de oratoria son Demóstenes, Ésquines, Isócrates, Cicerón y Hortelio, lo que se creía de Hortelio. La alabanza a fray Luis de Granada, el primero, seguido de otros como Fray Luis de León, se basa en que los han alcanzado, y se confirma en que han sido tradu-

cidos a muchas lenguas. Lo afirma, preguntándole, retóricamente, a Mercator:

«¿Sonó por ventura, Gerardo Mercador, la elegancia griega mejor en los labios de Demóstenes, Esquines o Isócrates, o la latina en Cicerón u Hortensio, que la española en las obras de fray Luis de Granada?»

Fray Luis de Granada es justamente alabado por Quevedo, que dice de sus obras que, “envidiadas y admiradas de las naciones”, han sido traducidas en todas las lenguas”, y las de fray Luis de León, que alaba así: “cuyas obras en todas lenguas triunfan de vuestra envidia” (Roncero 2013: 154).

Entre estos dos grandes de la literatura española, como si estuvieran enmarcadas por ellos, se sitúan otras palabras de descrédito hacia Mercator, que no desaprovecha ocasión para herir:

«Yo creo que no las has visto, Gerardo, porque la materia de los libros y la pureza de su verdad no es manjar de tu entendimiento, arrastrado de vicios torpes y criado a los pechos de la herejía rebelde; que, por huir del cielo, tratas solo de cosas de la tierra, y te tienes por mayor cosmógrafo que Ortelio, porque eres mayor en el cuerpo del libro, no en el alma de lo escrito» (Roncero 2013: 154).

Poetas

Modelos de poetas con los que se pueden medir los españoles son, a juicio de Quevedo, Horacio, Propertio, Tibulo, Cornelio Galo, Terencio, Anacreonte, Pitágoras, Teognis, Focílides y Catón. Los españoles destacados son: Garcilaso, Boscán, Torres Naharro, Garci Sánchez de Badajoz y Jorge Manrique, aunque Quevedo menciona también a otros a los que dirige sus *laudes*.

Los poetas españoles merecen la gloria porque no son tampoco inferiores a los clásicos; sin duda, podríamos decir, los han leído, admirado, imitado y emulado. Garcilaso y Boscán han igualado a Horacio, poeta lírico, aunque no solo, y a los elegíacos Propertio, Tibulo y al primero de ellos, Cornelio Galo, aunque, como es sabido, se había perdido su obra y era ajena la que se le atribuía. La influencia de la poesía clásica en sus poesías era evidente; en el caso de Garcilaso, ya se conocían los comentarios del Brocense o Herrera, que lo habían puesto de relieve.

Quevedo es pionero en mostrar la relación de Torres Naharro y Terencio, afirmando que sus comedias no son inferiores a las del comediógrafo latino. Los estudiosos, pasado el tiempo, insistirán en la presencia de Terencio, y también de Plauto, en la obra del comediógrafo español.

Alaba a Garci Sánchez de Badajoz porque no lo alcanza Anacreonte, poeta festivo, cantor del vino y del amor, al que tanto admira Quevedo, y al que en este tiempo de escritura de *España defendida* había traducido o estaba traduciendo. No era Anacreonte, sin embargo, como se supo luego, el que había escrito las odas que se decían suyas desde que Stephanus las editó en 1554 bajo su nombre, pero para todos el poeta arcaico era su autor; también lo era para Quevedo.

Y alabará al poeta Jorge Manrique, situándolo en el campo de la poesía sapiencial, gnómica o, si se quiere, parenética. Los paradigmas de la misma eran Pitágoras, Teognis y Focílides; sus obras, o por mejor decir, lo que, genuino o no, se publicaba bajo su nombre: *Carmina aurea* de Pitágoras, la *Gnomologia* de Teognis y el *Poema admonitorium* de Focílides; solían aparecer juntos en las ediciones del humanismo; a los tres nombres griegos se solía añadir, y aquí lo hace Quevedo, Catón, los *Disticha Catonis* y *Monosticha Catonis*, que no hay que recordar que tampoco eran obra suya. Sin embargo, lo importante para nosotros es que las obras griegas y latinas, que lo son, están presentes como referentes ineludibles en Quevedo y desde ellas contempla la producción libresca española, con orgullo de español, como muestran estas palabras suyas:

«¿Qué Horacio, ni Propertio, ni Tíbulo, ni Cornelio Galo, excede a Garcilaso y Boscán? ¿Qué Terencio a Torres Naharro? ¿Qué Anacreonte iguala a Garci Sánchez de Badajoz? ¿Qué Pitágoras y Focílides y Teógnides y Catón latino no se dejan vencer de las *Coplas* de don Jorge Manrique, nunca bastantemente admiradas de las gentes?» (Roncero 2013: 155).

La comparación que establece entre escritores españoles y clásicos grecolatinos refleja la admiración que profesa a la literatura española y la importancia que para Quevedo tenían los textos clásicos, que

“fecundaban sus asuntos”. Juzga desde ellos y en ese juicio reconoce la cultura de los españoles, que los han leído, imitado e incluso, a su juicio, emulado. Quevedo, que es un gran lector, quiere mostrar que los españoles lo son. Los libros que menciona forman parte de “su” biblioteca, sean de su propiedad o de sus amigos. Estos también leían los suyos. De las bibliotecas importantes que había en España menciona la de don Diego Sarmiento de Acuña.

Traductores

En esta biblioteca, al decir de Quevedo, había muchas obras traducidas a nuestra lengua, entre las que debían de ocupar importante las griegas y latinas:

«¿En qué materia del mundo no hay en España sola tantos libros como en todas las naciones en sola su lengua, en la cual están traducidos todos los griegos y hebreos y latinos y franceses e italianos, como es de ver al que ha visto librerías en España y, entre todas, la del señor don Diego Sarmiento de Acuña, que es toda de libros en la propia lengua, donde están de suerte que apenas los más de ellos se ven mejores en sus originales?» (Roncero 2013: 156–7).

Tres ejemplos sirven a Quevedo para elogiar la labor de los traductores españoles de obras grecolatinas; de todos los que podría mencionar ha elegido a los que juzga mejores; han puesto en castellano a Virgilio, Heliodoro y Tácito, respectivamente:

«El uno es Virgilio, cuya grandeza, siendo incapaz de versión, está contenta en la de Gregorio Hernández; Heliodoro, *Teágenes y Cariclea*, en la segunda versión impresa en Alcalá; Cornelio Tácito vergüenza hace a Lipsio y los demás comentadores, rico con los comentarios y traducción de don Baltasar de Álamos» (Roncero 2013: 157).

Menciona la *Eneida de Virgilio, traducida en octava rima y verso castellano* por Gregorio Hernández de Velasco es una magnífica traducción publicada en 1555. De Heliodoro, su novela, *La historia de los dos leales amantes Theagenes y Chariclea*, había sido “trasladada [...] del latín” por Fernando Mena. Quevedo cita la edición de Alcalá de Henares, en casa de Iuan Gracián en 1587, de la que reproduce unos versos en *España defendida* (Roncero 2013: 118); *Tácito español ilustrado con*

aforismos, por don Baltasar Alamos de Barrientos vio la luz en 1614, y es igualmente una magnífica traducción. Sin embargo, el elogio que dedica Quevedo a este Tácito produce no poca extrañeza, por juzgarlo superior al de su muy admirado Lipsio, al que nunca escatimó elogios y reconocimientos.

Extrañeza de otra naturaleza puede producir también el que se mencione a sí mismo como traductor de textos griegos, alguno de los cuales dice incluso haber mejorado:

«Y entre estos autores, osadía parece o es temeridad, nombro a *Anacreón* mejorado en castellano por mí, y a Focílides en la parte griega; y de la hebrea los *Trenos de Jeremías*» (Roncero 2013: 157).

En los autores y obras que hemos mencionados existe un denominador común; siempre hay explícito un nombre grecolatino. En los que hemos omitido no están, lógicamente, ausentes, y como ejemplo de todos ellos acabamos este recorrido con dos obras escritas por autores, sean quienes fueran, de profunda cultura grecolatina, humanistas, sin duda, de primera categoría. Quevedo alaba estas obras; son *La Celestina* y el *Lazarillo*. Orgulloso se las presenta a Mercator. Nada hay igual. Las menciona delante de Garcilaso y Boscán, detrás de los historiadores. Nosotros la situamos también en un lugar de honor:

«Pues dime, dejando las cosas grandes, ¿quién tienes tú en ninguna lengua, entren griega, hebrea y latina, y las vuestras, todas ocupadas en servir a la blasfemia? ¿Qué tenéis que comparar con la tragedia ejemplar de *Celestina* y con *Lazarillo*? ¿Dónde hay aquella propiedad, gracia y dulzura? ¿Qué nación no los ha hecho tratables a su idioma, como ha podido, hasta los turcos y moros?» (Roncero 2013: 155).

No hay que insistir en que este despliegue de patriotismo literario se lo debe Quevedo a Mercator. Quevedo ha realizado, pues, un buen catálogo de autores y obras (omitimos, por no ser de esta ocasión, sus “silencios”), y este no ha pasado desapercibido; es conocido y citado. Lo encontramos en las páginas de muchos estudiosos, que suelen elegir la parte o partes que interesa a su propósito, ya, para hablar de su obra (Papell 1947: 249), a veces como ejemplos estilísticos (Azaustre Galiana 1996: 223), de su tradicionalismo (Baum 1970: 144), en estu-

dios literarios sobre el Barroco (Siles 1975: 42, o Carilla 1969: 65), o en estudios sobre la leyenda negra.

Mercator, Merula y Maginus, Munster y los *Hispani felices ingenio*

Parece oportuno no omitir en estas páginas que las palabras de Mercator, desde *Hispani* a *producunt*, esas que hablaban de que los españoles no dan a conocer a los extranjeros los frutos de su ingenio, comenzaban diciendo que los españoles, pese a su ingenio aprenden mal, *infelicititer discunt*. Estas palabras, a las que respondió Quevedo también con contundencia, son citadas en el campo de la pedagogía, y lo hacen con aquiescencia. Ahora bien, no se atribuyen a Mercator, sino a Paullus Merula, en cuya *Geographiae particularis libri quatuor*, officina Platinae Raphelengii, 1605, p. 297, leemos exactamente lo mismo que en Mercator. En Merula lo leyó fray Martín Sarmiento, y lo recogió (cfr. Sarmiento 2002: 212), y, citándolo u omitiendo su nombre, lo encontramos en bastantes estudios; valgan por todos uno del s. XIX (Cid 1803: VII), y dos del XX (Galino 1953: 289, y Aymes 1983: 152). Pero no es todo; el *Hispani felices ingenio* etc. se lee, muy semejante, pero no idéntico al de Mercator y Merula, en la *Geographiae Cl. Ptolemaei Pars secunda, continens praeter antiquas ipsius Ptol. Recentiores etiam Tabulas, quae universae terrae faciem nostro aevo cognitam exhibent* [...] Authore Io. Antonio Magini Patavino [...] In Agrippinensium Colonia excudebat Petrus Keschedt, 1596, p. 50. Dice así Maginus:

Hispani [...] felices ingenio, sed infelicititer discunt, semidocti iam se doctos putant: sapientiam maiorem quam habeant, simulatione et verbositate quadam ostentant, sophisticem plus satis diligunt: lingua Hispanica plusquam Latina in Academiis loqui gaudent, quin et Maurorum vocabula plurima usurpant; ingenii sui monimenta in posteros et circumvicinas gentes ob linguae defectum raro producunt.

Palabras estas, que, por ejemplo, Miguel Servet cita, aunque, al parecer, procedentes de una edición, la de 1544, en p. 47, de la *Cosmographia* de Sebastian Munster (cfr. Briesemeister 2004: 303).

Este excursus, en el que vemos que semejante opinión de los españoles mantienen extraños y también propios (Munster, Maginus, Merula,

Miguel Servet, Galino etc.), tenía la intención de regresar a Gerardus Mercator, el único al que lanzó sus flechas Quevedo.

Quevedo y su escucha de Mercator

Quevedo leyó las palabras que nos han traído hasta aquí, y se lanzó contra Mercator, sin aceptarle una crítica, deduciendo injurias que no había, y no le dejó hablar más. Él solo contestó y siguió argumentando, aunque bien es cierto que dio lugar al mencionado capítulo de *España defendida*. Pero parece injusto que otros que dijeron lo mismo quedasen libres de ataques. Habría que reprocharle a Quevedo que solo escuchara las palabras que le molestaron, y no se detuviese a ver si decía otras cosas; aunque quizá escuchó algunas favorables, y las silenció. Ciertamente, tras haber ofrecido Quevedo la traducción del texto de Mercator, con la que comenzábamos (“Españoles, de felices ingenios, infelizmente aprenden [...] por el defecto de la lengua”), decía: “Y tras estas razones, nacidas de enemiga pasión, dice por lisonja una verdad”.




Esa “verdad”, aunque sea dicha “por lisonja”, merecía más atención, pues consistía en afirmar que en España hubo y seguía habiendo hombres muy doctos que con sus escritos habían hecho ilustre a su patria:

Fuerunt tamen suntque hodie non vulgariter docti, qui praeclara eruditione lectissimisque scriptis patriam illustrarunt, variisque operibus apud remotissimos etiam clariorem fecerunt.




No era una “verdad” digna de silencio, mucho más cuando, para no dejar su afirmación sin argumentos, Mercator dedicaba a alabar a los hispanos siete veces más espacio que el destinado a su primer juicio. El contenido de sus palabras lo indica a las claras el “título” que se lee en el margen: *Bonarum artium studiis celebres viri*. Allí están los antiguos y los modernos, un número ingente, unos solo mencionados, otros recibiendo mención y gloria.

No merecía Mercator, a nuestro juicio, tantos ataques de Quevedo. La pasión lo dominó, y leyó, como en otras ocasiones, lo que quería leer. Es muy posible que estuviera representando su papel, lo cual no era bueno para él mismo. *España defendida* quedó en borrador; reacciones

como esta pudieron empujarle después a no acabarla y por supuesto a no llevarla a la imprenta.

Hemos hablado siempre de Mercator, porque la edición de Mercator leyó Quevedo. La edición del *Atlas Minor* como la del *Atlas sive Cosmographia* fueron póstumas; su hijo y Hondius, el grabador, aunque no solo eso, las dieron a la luz. Este juicio sobre los *Hispani* venía, además, de lejos. Las palabras exactas que leemos y hemos reproducido podían ser de Mercator o de los que acabaron la obra; es, a nuestro juicio, probable, pero no estamos seguros. Afortunadamente el nombre de Mercator no va unido a este juicio, sino a una labor científica extraordinaria, repleta de hallazgos transcendentales. Ciencia, sabiduría y humanidad, si fiamos de lo que dicen de él, comenzando por su epitafio que precede a la edición del mismo año 1594, mantienen viva su grandeza, y compensan en mucho los ataques de nuestro gran Quevedo, que, sin estar muy atento, dialogó con él; y el *Atlas minor*, pese a todo, fue otro libro que “fecundó sus asuntos”.   

EPITAPHIVM
GERARDI MERCATORIS TEVTOBVR-
GI CLIVENSIVM OPIDO SEPVLTI
DEO. OPT. MAX. SACRVM.
GERARDO MERCATORI FLANDRO RVPELMVN-
DANO IVLIACENSIVM PROVINCIA ORIVN-
DO DOMESTICO CAROLI QVINCTI
ROM. IMP.
ET. GVILIELMI. P. AC IOANNISGVILIELMI. F. IVLIA-
CENSIVM. CLIVENSIVM. &C. DVCVM.
COSMOGRAPHO.
MATHEMATICORVM. SVI. TEMPORIS. FACILE. PRINCIPI: QVI.
GLOBIS. ARTIFICIOSIS. RADIO. DIMENSIS. CAELVM.
AC. TERRAM. INTERIVS, ET. EXTERIVS. QVA.
LICVIT. DEMONSTRAVIT. A. VARIA.
DOCTRINA. LAVDATO.
VIRTUTE. QUOD. CAPVT. EST. ET. INTEGRITATE. VITAE.

   Este trabajo se inserta en los Proyectos FFI2014–59218–P (Ministerio de Economía y Competitividad) y 19382/PI/14 (Fundación Séneca).

ET. OMNI. MORVM. COMITATE. CLARO. HEREDES. PA-
TRI. BENEMERENTI. DOLENTES. ET. ERVDITORVM.
STVDIOSA. COHORS. AMICO. PO-
SVERVNT.
EDITVS. IN. LVCEM. FVIT. III. NONAS.
MARTII. H. VI. A. M. ∞ D. XIII.
EXCESSIT. E. VIVIS. IV. NONAS. DECEMB.
H. XI. A. M. ∞ D. XCIV

Bibliografía

Aymes, Jean-René, *École et société en Espagne et en Amérique Latine (XVIIIe–XXe siècles)*, Tours, Université, 1983.

Azaustre Galiana, Antonio, *Paralelismo y sintaxis del estilo en la prosa de Quevedo*, Santiago de Compostela, Universidad, 1996.

Baum, Doris L., *Tradicionalismo in the work of Francisco de Quevedo y Villegas*, University of Nort Carolina Press, 1970.

Briesemeister, Dietrich, *Spanien aus deutscher Sicht: Deutsch-spanische Kulturbeziehungen gestern und heute*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 2004.

Carilla, Emilio, *El Barroco literario hispánico*, Basauri, Noval, 1969.

Cid, Francisco Xavier, *Arte esfigmica ô Semiyotica pulsoria, erigida en arte [...]*, Pamplona, Imprenta de Joaquín Domingo, 1803.

Galino Carrillo, María Ángeles, *Tres hombres y un problema; Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna*, Madrid, C.S.I.C., Instituto S. José de Calasanz, 1983.

Papell, Antonio, *Quevedo, su tiempo, su vida y sus obras*, Barcelona, Editorial Barna, 1947.

Quarta, Pietro Luigi, “Reflexiones acerca de la leyenda negra en la historia de España”, *Rivista di Studi Politici internazionali*, 60.1 (1993), 92–100.

Raemdonck, J. van, *Gérard de Cremer ou Mercator, géographe flamand*, St. Nicolas, Edom, 1870.

Roncero López, Francisco de Quevedo, *España defendida* [...], Edición crítica y anotada, Pamplona, EUNSA, 2013.

Sarmiento, Fray Martín, *Educación de la niñez y de la juventud*, Textos. Edición y estudios de Antón Costa Rico y M^a Ángelez Lire, Madrid, Biblioteca nueva, 2002.

Siles, Jaime, *El Barroco en la poesía española*, Madrid, Doncel, 1975.